



Sumisión: fe en la voluntad de Dios

*"De cierto, de cierto os digo,
que si el grano de trigo
no cae en la tierra y muere,
queda solo; pero si muere,
lleva mucho fruto".*

Juan 12: 24

La palabra "sumisión" le pone la carne de gallina a mucha gente. Sin embargo, la Biblia, incluso en las versiones modernas, usa la palabra con mucha frecuencia. Ezequías invitó al Pueblo de Dios a someterse a su Señor: "No sean tercos, como sus antepasados. Sométanse al Señor" (2 Crón. 30: 8, NVI). Dios deplora el hecho de que: "Israel no me quiso a mí" (Sal. 81: 11). Pablo se aflige porque la mente natural "no se somete a la ley de Dios" (Rom. 8: 7, NVI); y usa a la iglesia como modelo para nuestras vidas porque se "sujeta a Cristo" (Efe. 5: 24). Santiago nos invita a todos a someternos "a Dios" (Sant. 4: 7).

En nuestro mundo y en nuestro tiempo la palabra "sumisión" suena dura e injusta; pero no es así como lo entiende la Biblia cuando dice que debemos someternos a Dios. Es una sumisión a la persona de Dios, y consiste en abandonar nuestro humanismo por su santidad y abandonar nuestros sueños para adoptar sus planes. Amy

Carmichael sugiere que otra palabra para ayudarnos a entender la sumisión es "aceptación".¹

Parece que las malas connotaciones que tiene la palabra "sumisión" dentro de nuestra cultura han hecho que resulte muy difícil aplicar su significado e importancia a nuestra vida. Como resultado, creo que no hemos logrado captar lo que está en el mismo corazón del discipulado: el llamado a nuestra propia crucifixión. Pero todo discipulado verdadero comienza con la muerte, una muerte a la que voluntariamente nos sometemos.

Aprender a someternos no es fácil

La forma en que yo mismo comprendí esto no fue ni fácil ni agradable. Al principio de mi ministerio leí el libro devocional clásico, es decir, el libro *My Utmost for His Highest* [Lo mejor de mí por lo más elevado de él], de Oswald Chambers. Chambers dice una y otra vez que si hemos de ser útiles para el reino de Dios, debemos abandonar y dejar en sus manos todo lo que tenemos y todo lo que somos. "Nadie entra a la experiencia de la santificación completa sin pasar a través de un 'funeral blanco': la sepultura de la vida antigua. Si nunca se ha producido esta crisis de la muerte, la santificación no es más que una visión [...]. ¿Ha llegado usted de verdad a sus últimos días? [...]. Damos vueltas alrededor del cementerio, pero siempre nos negamos a morir [...]. ¿Ya ha celebrado su 'funeral blanco' o está jugando sagradamente el juego de los necios con su alma? ¿Hay un lugar en su vida marcado como el último día, lugar donde la memoria vuelve con un recuerdo de gratitud extraordinario? Sí, fue entonces, en aquel 'funeral blanco', donde hice un acuerdo con Dios".²

Me pareció que lo correcto era saber personalmente lo que esto significaba, así que abrí mi diario, y escribí: "Padre, de verdad me gustaría saber en qué consiste exactamente esta sumisión". Me pareció que no bien había salido esta oración de mis labios, cuando todo lo que constituía mi vida comenzó a desintegrarse.

Lo primero que se esfumó fue mi salud. Muy poco tiempo después de mi oración de sumisión estaba yo de viaje por Sudáfrica con algunos amigos. En el vuelo de regreso de Togo a Costa de Marfil, que era la última etapa de mi viaje, comencé a sentir un poco de frío. A la mañana siguiente, al tomar mi vuelo de regreso a Zúrich, comencé a temblar.

Cuando llegué a Inglaterra me pusieron inmediatamente en una sección para pacientes aislados, porque pensaban que yo tenía una enfermedad contagiosa y que estaba sangrando internamente. Con el tiempo los médicos concluyeron que yo tenía un "desconocido virus africano", lo cual quería decir simplemente que yo me sentía muy mal, pero nadie sabía realmente por qué. Abandoné el hospital después de seis días de estancia, pero recaí y volví a ingresar inmediatamente. Me sentía sumamente débil. Incluso hablarle a mi familia por teléfono me dejaba exhausto. Pasaron cuatro meses antes de que yo tuviera suficiente energía para volver al trabajo, pero incluso entonces yo sabía que no era tan fuerte como había sido antes. Sentía que algo se había roto dentro de mí.

Lo siguiente que perdí fue mi reputación. Como dije en un capítulo anterior, después de un par de días en el hospital recibí una carta que hacía añicos el trabajo que yo pensaba que había hecho bien, y me pareció que todo el mundo había recibido una copia de aquella carta. Yo me sentía apabullado y sumamente herido, lo cual se agrababa por el estado físico en que me encontraba y porque no podía yo hacer prácticamente nada para defenderme.

Después comenzó el chismorreó. Cada mañana me levantaba pensando en lo que había escuchado la jornada anterior con respecto a la carta. No podía evitar aquel pensamiento, que daba vueltas y vueltas en mi cabeza todo el día.

Luego siguió mi empleo. Como yo estaba enfermo, no me renovaron el contrato después de mi primer año. Me sorprendí cuando alguien dijo en el trabajo que quizá no sería necesaria la renovación

del contrato pues era posible que nunca me recobraría lo suficiente para volver a trabajar.

Luego volvió el problema de mi salud. Mientras se me hacían las pruebas en el Hospital de Enfermedades Topicales, el médico encontró que había un problema en mi corazón. Yo no tenía más que 27 años, pero los médicos decidieron que necesitaría un marcapasos. Me había sentido cansado durante varios años, lo cual era embarazoso para mí. Llegaba a la casa de alguien para dar un estudio bíblico y encontraba difícil seguir una conversación o pensar claramente.

La operación para colocarme el marcapasos fue una experiencia memorable. Todo lo que podía salir mal, salió mal. Cuando apenas iban a la mitad de la operación escuché al cirujano decir: "Tiene algunos tejidos muy duros aquí. No me siento muy seguro de lo que debería yo hacer". El cirujano llamó para obtener la ayuda de un especialista, pero no lo encontró; así que salió del quirófano para buscar ayuda.

Regresó al quirófano y dijo alegremente a la enfermera: "No puedo hallar al especialista, tengo que seguir solo". Las operaciones para colocar marcapasos solo utilizan anestesia local, así que yo estaba plenamente consciente y ahora estaba perdiendo mi confianza por lo que había escuchado. Luego, como la operación se había prolongado más de lo que tenían programado, la anestesia comenzó a desvanecerse.

—¿Podría ponerme un poquito más de anestesia, por favor? —le dije a la enfermera.

—Lo siento —me dijo, compasivamente—, ya le hemos puesto toda la que nos está permitido ponerle.

Quizá como consecuencia de todas las vueltas que el cirujano había dado en mi pecho, se las arregló para punzarme la pleura, lo cual hizo que se me colapsara un pulmón. Al día siguiente un grupo de estudiantes de medicina se reunió alrededor de mi cama para tra-

tar de saber qué era lo que me pasaba. Ninguno de ellos acertó. Luego me introdujeron una enorme jeringa en la espalda y me sacaron casi un litro de aire de alrededor de mis pulmones.

Cinco días después de dejar el hospital, el marcapasos se infectó. Cuando fui al hospital para que me revisaran, los ojos de la enfermera se entornaron por la sorpresa, mientras decía, reteniendo el aliento: "¡Oh, no!" El equipo de cirujanos que estaba empacando sus cosas para salir a un día de campo, desempacó, y mi cirujano ordenó meterme al quirófano inmediatamente. Me sacaron el marcapasos, me desinfectaron con desinfectante, y suturaron de nuevo. Un mes más tarde estaba yo de regreso para comenzar todo el proceso de nuevo.

Finalmente fue mi vida personal. Dos semanas después de que me colocaron el segundo marcapasos, mi novia y yo terminamos nuestras relaciones que ya duraban varios años. Comprendo que esto les ocurre a muchas personas, pero para mí, en aquel momento y en el estado en que me encontraba, fue la última gota que derramó el vaso.

En un período de doce meses había yo perdido mi salud, mi trabajo, mi reputación y, ahora, mi felicidad. Me sentía como Job, como si alguien estuviera saboteando sistemáticamente mi vida y destruyendo todo lo que yo era y todo aquello en que me apoyaba. Cada aspecto de mi vida parecía caer en pedazos. Experimentaba una profunda sensación de vacío y de agotamiento.

—Señor —murmuré—, la Biblia dice que el Espíritu Santo ora por nosotros. ¿Por favor, podría orar por mí en este momento, pues no tengo la menor idea de lo que debo pedir?

No esperaba yo ninguna respuesta, pero en cuestión de segundos una profunda paz, que no podía explicar, invadió mi corazón, y una sonrisa comenzó a esbozarse inesperadamente en mi rostro. Me llenó una profunda sensación de paz y contentamiento. Sentía como si Dios estuviera de pie, allí, junto a mi cama.

Esa noche me dormí con una sonrisa en mi rostro. No es fácil para mí sonreír y dormir al mismo tiempo, pero así me dormí. Recuerdo que durante la noche desperté brevemente y noté que estaba sonriendo. Desperté por la mañana con una sonrisa todavía brillando en mi rostro.

Mientras yacía acostado en mi cama, todos los dedos de mis manos y mis pies me pulsaban como si quisieran hacer algo. Es difícil describirlo de otra manera, pero sentía como si chorros de energía pulsaran en todo mi cuerpo. Todavía no pensaba nada, hasta que me dirigí al pueblo. Mientras caminaba, me di cuenta que por primera vez, durante años, iba yo caminando de prisa.

Mis amigos siempre habían hecho bromas a costa mía en el pasado. Yo parecía estar siempre apurado, en el sentido de que mi cabeza siempre parecía llegar primero que mis pies. Caminé como si me apoyara en un viento imaginario. El saco de papas de la familia (yo), se había transformado de repente en un cable eléctrico, brincando para todos lados, en forma impredecible, y todos luchaban en vano por seguirme el paso. El cambio, ocurrido de la noche a la mañana, era un milagro.

Mi energía no era lo único que se había incrementado. De la noche a la mañana también había desarrollado una urgencia por orar, como nunca antes había experimentado en mi vida. Todos los días anhelaba hablar con Dios cada vez durante más tiempo.

Pero algunas semanas más tarde, aquello se volvió terrible. Comencé a tener lástima de mí mismo. Yo sabía que después de todo lo que Dios había hecho por mí, mi actitud era errónea; en realidad, sentía que era pecaminosa, porque me quejaba directamente contra la bondad de Dios. Desde ese día en adelante, poco a poco, mi energía comenzó a desaparecer.

Luego me llené de ira. "¿Por qué me haces esto?", le dije a Dios a gritos, "ya me habías quitado todo, y ahora me estás quitando mi salud otra vez, lo único que me quedaba en que apoyarme. No es

justo". Mi batalla espiritual, cotidiana, con Dios, era tan intensa, que, para la hora en que me iba a la cama, ya estaba físicamente exhausto.

Esta batalla duró unos dos meses. Finalmente, un día, le dije al Señor a gritos y con lágrimas ardientes: "Mira, ya me quitaste todo lo que tenía, mi salud, mi reputación, mi empleo, y mis sueños. ¡Ya no tengo nada!"

La voz del Espíritu Santo era inconfundible: "Sí, ese es el propósito. Quiero que te quedes sin nada".

Quedé asombrado y apabullado. ¿Quería Dios que yo quedara sin nada?

Nada, absolutamente.

Venimos a Dios con mucho que ofrecerle, pero muchas veces nuestra humanidad se interpone en el camino. Por lo tanto, nuestro Padre usa con frecuencia el crisol para ayudarnos a despojarnos de las cosas que nos incitan a depender de nosotros mismos, en vez de depender completamente de él. Como dice Charles Swindoll: "Ser despojado de todos los sustitutos es la experiencia más dolorosa de la tierra".³

Una vez estaba hablando con un estudiante que apenas comenzaba sus estudios de teología. Siempre me siento curioso por saber por qué los jóvenes deciden estudiar para ser pastores, pues siempre hay una historia interesante detrás de la decisión. Pero en esta ocasión la respuesta me tomó por sorpresa.

—¿Qué fue lo que le hizo decidir estudiar para ser pastor? —le pregunté.

—Bueno —replicó el joven estudiante—, creo que tengo mucho que ofrecer.

Me quedé tan asombrado que no pude decir nada. Quería gritar: *¿Y a quién le importa lo que tengas qué ofrecer? ¡Lo que la gente necesita escuchar es lo que Dios tiene qué ofrecer!* Por fortuna, mi boca

permaneció cerrada. Pero la verdad es que Dios quiere dejarnos sin nada, para que él pueda ser el todo.

Morir como el grano de trigo

El proceso de llegar a ser nada delante de Dios es el proceso de morir. Jesús describe este morir como lo que le ocurre a la semilla: "De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto" (Juan 12: 24). Cuando Jesús se refiere a sí mismo como el grano que muere, invita a sus seguidores a experimentar la misma muerte. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mar. 8: 34). Esta muerte no consiste en andar con una pesada carga a lo largo de lo que muchos llaman "la senda cristiana". Cuando Jesús pronunció estas palabras se hallaba de camino a Jerusalén, y a la muerte. Los que quieran seguirle deben hacer lo mismo. Deben seguirlo a la muerte.

Tomando las figuras de lenguaje de estos versículos, Elizabeth Elliot analiza el proceso de morir como una semilla.

"El crecimiento de todas las cosas vivientes verdes representa maravillosamente el mismo proceso de dar y recibir, ganar y perder, vivir y morir. La semilla cae a la tierra, muere mientras el primer renuevo brota a la vida. Debe haber una división y un rompimiento para que se forme un capullo. El capullo "deja de ser" cuando se forma la flor. El cáliz permite que salga la flor. Los pétalos se abren y mueren para que pueda formarse el fruto. El fruto cae, se abre, y suelta la semilla. La semilla cae al suelo. No puede haber vida espiritual sin este morir y dejar que siga el proceso. En el momento preciso en que nos negamos a morir se detiene el crecimiento. Si nos aferramos fuertemente a cualquier cosa que se nos ha dado, indispuestos a dejarlo que se use como el Dador se proponía, detenemos el crecimiento del alma. La semilla no "sabe" lo que ocurrirá. Solo sabe lo que está ocurriendo: la caída, las tinieblas, la muerte [...]. El plan til

timo de Dios está tan lejos de nuestra imaginación, como la semilla del encino está lejos de la imaginación de la bellota. La bellota hace lo que se supone que debe hacer, sin fastidiar a su Hacedor con preguntas acerca del cómo, del cuándo y del por qué. A nosotros, a quienes se nos ha dado una inteligencia, una voluntad y una amplia gama de necesidades, se nos pide que creamos en él".⁴

Permítanme destacar tres partes de este proceso de sumisión:

1. Cuando la semilla está muriendo, no sabe nada, ni tampoco puede saber lo que traerá el futuro. Siempre habrá ocasiones cuando no conoceremos las respuestas. Esto puede hacernos pasar por períodos de tinieblas y confusión, pues razonamos que a Dios, según todas las apariencias, no le interesa nuestra situación. Puede ser que también supliquemos a Dios que nos muestre el futuro, pero una vez más, todo lo que tenemos es el silencio. La realidad es que una semilla todavía no es ni árbol ni flor; por tanto, no puede comenzar a imaginar cómo será esa nueva vida. A través de todo este proceso no debemos preocuparnos pensando en que Dios no está interesado en lo que nos pasa. Él está con nosotros en las tinieblas, y él sabe perfectamente lo que nuestra nueva vida nos traerá.

2. La resurrección y la fructificación solo ocurren después de la muerte. Esta es una verdad obvia que, sin embargo, luchamos para comprender cuando se relaciona con nosotros. La transformación requiere que la muerte venga primero. Si usted anhela la transformación, lo que es antiguo, feo y pecaminoso debe extirparse, y la muerte es la única forma de hacerlo.

3. Cuando Dios nos lleva al punto de morir como una semilla, es un llamado a la confianza. La muerte de la semilla no ocurre simplemente porque cae a la tierra y no se convierte inmediatamente en una flor o una encina majestuosa. La caída en la tierra, las tinieblas, y

la espera, son esenciales para la preparación de la nueva vida. Antes que ese momento de nueva vida comience en nosotros, el tiempo tranquilo de desconocimiento de lo que ocurrirá es necesario, según los planes de nuestro Padre, para madurar nuestra confianza en él.

¿Cómo lo lleva Dios a usted a este punto de sumisión total? Es difícil de predecir, pero usted ciertamente lo sabrá cuando llegue. El punto de total sumisión solo viene cuando estamos en el centro del crisol, porque, normalmente, solo allí puede Dios remover los egoístas anhelos de nuestros corazones. Ninguna persona aprende a ofrecerse verdaderamente y sin reservas a Jesús, "a menos que esté al final de todas sus posibilidades".⁵

En ese momento, cuando estamos dispuestos a ofrecerle a Dios todo, cedemos aquello a lo cual nos hemos aferrado al máximo, y Dios toma el control. Yo creo que esto es lo que los discípulos comenzaron a entender cuando esperaron la venida del Espíritu Santo antes de Pentecostés.

Elizabeth Elliot hace una profunda reflexión acerca de los elevados propósitos de la sumisión. "La sumisión de los más profundos deseos de nuestros corazones es, quizá, lo más cerca que podemos llegar de la comprensión de la cruz [...], nuestra propia experiencia de la crucifixión, aunque muchísimo menos que la de nuestro Salvador, pero nos da, sin embargo, la oportunidad de comenzar a conocerle en la comunión de sus sufrimientos. En cada forma de nuestro propio sufrimiento, él nos llama a entrar en esa comunión".⁶ No hace esta declaración con ligereza. Fue una de las jóvenes esposas cuyos esposos misioneros fueron asesinados en las selvas de Ecuador en 1956. Sin embargo, dice que a pesar de esas terribles tragedias pudo llegar a disfrutar una intimidad más profunda con Dios de lo que había experimentado antes.

Adolph Monod dice con mucha claridad que estos crisoles de sufrimiento pueden producir también el mayor gozo y un propósito más definido: "Y si en medio de las pruebas que eres llamado a so-

brellevar hay una que parece, no diría yo más pesada que las demás, sino más comprometedora para tu ministerio, y probablemente para arruinar para siempre las esperanzas de tu santa misión; si se añaden tentaciones exteriores a las que vienen de adentro, si todo parece bajo ataque, tu cuerpo, tu mente, tu espíritu; si todo parece perdido sin remedio; bien, acepta esta prueba, yo diría, más bien, este conglomerado de pruebas, en un peculiar sentimiento de sumisión, esperanza y gratitud; como una prueba en la cual el Señor te ayudará a encontrar una nueva misión. Salúdala como el principio de un ministerio de debilidad y amargura [...] el cual te hará abundar en más frutos vivientes que tu ministerio de fortaleza y gozo en los días que cediste para siempre".⁷

Jesús: Nuestro modelo de sumisión

¿Será que tiene razón Monod? ¿Podría un ministerio de debilidad y lágrimas ser causa de gozo, así como la puerta para un incremento de los frutos?

La sumisión de Jesús a la voluntad de su Padre, aunque pasaba por grandes pruebas, parece darle un resonante "sí". Pablo presenta tres partes principales del descenso de Jesús a su ministerio doloroso pero fructífero.

Pablo aconseja: "La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús, quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!" (Fil. 2: 5-8, NVI).

Note los tres pasos en el proceso de sumisión total de Jesús a la voluntad del Padre:

1. **Jesús cedió su derecho a la igualdad.** Jesús era, en verdad, "por naturaleza Dios", pero si no hubiera cedido su derecho a estar en el cielo, en continua gloria, no habría tenido éxito en su descenso al abismo para rescatarnos. Del mismo modo, si no estamos preparados para ceder "nuestros derechos", encontraremos la puerta de la reconciliación y el servicio bloqueados.

2. **Jesús cedió sus derechos a ser ciudadano libre.** Jesús no vino a esta tierra ni siquiera con la libertad de cualquier ser humano normal. Vino, con "la naturaleza de siervo". Esto es cierto también para nosotros. Cuando Pedro, Pablo, Santiago y Judas comienzan sus cartas en el Nuevo Testamento, se identifican orgullosamente como siervos de Dios y de Jesucristo. La servidumbre es fundamental para la experiencia cristiana.

3. **Jesús cedió sus derechos a la vida.** Jesús no podía llevar a cabo su misión si hubiera permanecido vivo. Se requería su muerte, "¡y muerte de cruz!"

Este proceso descendente de tres pasos pone énfasis en el servicio como el objetivo fundamental de la sumisión. La sumisión cristiana, que siempre es sumisión a la voluntad de Dios, es siempre hacer posible que el Padre obre libremente a través de nosotros por el bien de nosotros mismos, para el bien de otros, y para la gloria de su nombre.

Chambers describe sin ningún temor la forma como Dios obra en este proceso: "Nunca se nos pide permiso en este proceso en cuanto a qué haremos o donde iremos. Dios nos convierte en pan quebrado y vino derramado para agradarse a sí mismo. Ser 'separado para el evangelio' significa escuchar el llamado de Dios, y cuando un hombre comienza a escuchar ese llamado, comienza la agonía que es digna del nombre. Toda ambición muere en germen, todo deseo de la vida se apaga, toda perspectiva se apaga, se extingue y se borra

completamente, y solo queda una cosa: 'separado para el evangelio'. Ay de aquella alma que trata de poner el pie en cualquier otra dirección después de recibir el llamado".⁸

Apostando con la muerte

Este proceso de morir es un juego de azar sagrado. Jesús nos llama a arriesgarlo todo sin ninguna garantía específica en cuanto a los resultados, excepto la promesa general de que nos dará vida abundante. Pero como tenemos temor a apostar nuestras ambiciones y sueños sin que Dios nos dé una visión clara del camino por adelantado, nos volvemos, por lo general, reticentes a jugar.

Mientras trabajaba en Albania llevé a algunos visitantes a una gira por todo el país. Mientras el vehículo en que viajábamos daba tumbos por la maltrecha carretera, comenzamos a discutir acerca del futuro. Uno de ellos me preguntó:

—¿Y cuáles son sus planes para el futuro?

Le dije al grupo que no tenía ningún plan. Les dije que me concentraría en lo que Dios me había pedido hacer hoy, y le permitiría que le diera forma a lo que vendría después.

Era obvio que no la habían considerado como una buena respuesta, pues dedicaron los próximos minutos a corregir mi necesidad.

No dudo ni un momento de que albergaban las mejores intenciones, pero hasta hoy sigo sin estar de acuerdo con la perspectiva que tenían. Por supuesto, no podemos ir por la vida a ciegas, sin ninguna perspectiva y sin pensar en lo que haremos. Pero yo he decidido usar mi mente para someterla a los planes de Dios, y permitirle a él que se convierta en el único responsable de mi vida.

Quizá usted piense que es un poco ingenuo e, incluso, arriesgado. Pero pienso que en el libro de Romanos Pablo nos insta a asumir ese riesgo. "Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a

Dios" (Rom. 12: 1, NVI). Pablo dice que la muerte de Cristo, que nos da la salvación, es una buena razón para arriesgarnos a morir. Pero su argumento abarca mucho más todavía. Pablo afirma que esa muerte determina si hemos de conocer o no la voluntad de Dios en el futuro.

Pablo continúa: "No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta" (Rom. 12: 2, NVI). Pienso que cuando usted pone estos dos textos juntos es fácil ver que el conocimiento de la voluntad de Dios viene, claramente, después de que hemos hecho el sacrificio total a Dios. Pero quizá en este caso tampoco podamos verlo con mucha anticipación. Quizá únicamente lo veremos un día a la vez. ¿Por cuál otra razón necesitaba Pablo morir "cada día"? (1 Cor. 15: 31).

Este sacrificio quiere decir, prácticamente, que nos comprometemos sin saber lo que traerá el futuro. Este "no saber" puede también remedar o semejar la experiencia de la crucifixión. T. C. Upham describe esta angustia: "La disposición a dejar los objetos más queridos de nuestros corazones en la sublime y general creencia de que Dios está ahora contestando nuestras oraciones en su propio tiempo y de la mejor manera, involucra un proceso de crucifixión interna que es, obviamente, desfavorable para el crecimiento e, incluso, la misma existencia de la vida".⁹

En estos tiempos es muy popular escuchar toda clase de seminarios y leer una multitud de libros que prometen ayudarnos a conocer la voluntad de Dios para nuestras vidas. No puedo evitar preguntarme si no será esto un síntoma de nuestra negativa general a seguir el consejo de Pablo. Cuando morimos con Cristo, el conocimiento de la voluntad de Dios resulta irrelevante. Porque después de morir al yo y al pecado, conocer el "qué" de la voluntad de Dios resulta muchísimo menos importante que nuestra comunión con el "Quién", es decir, con Dios.

¿Cuánto tiempo se requiere?

Recibí una llamada telefónica de una señorita que parecía estar muy angustiada.

—Hola Maya, ¿cómo le va?

—No muy bien; ¿quisiera orar por mí?

—¿Cuál es el problema?

—Bueno, estoy haciendo cosas que sé que no debiera hacer, y Dios parece estar muy lejos de mí. ¿Cómo puedo regresar al lugar donde se supone que debo estar?

Se conocía a través de su voz que estaba muy agitada. Pero esta no era una conversación nueva. Habíamos hablado de lo mismo muchas veces en el pasado. Yo comprendí que quizá debiera ser ahora un poco más directo.

—Escuche, Maya. Podemos orar una y otra vez acerca de esto, pero al final del día volverá otra vez a la misma elección básica: ¿Está usted dispuesta a ofrecerse a Dios ciento por ciento, totalmente desligada de todo? ¿Puede decirle sinceramente que está dispuesta a ir doquiera desee que usted vaya, y hacer cualquier cosa que él quiera que usted haga; no importa cuán diferente sea de lo que usted tiene en mente ahora mismo? No se trata de las grandes decisiones que posiblemente tenga que tomar mañana, es una actitud, una actitud hacia Dios y hacia la vida en general. Si usted quiere que Dios obre en su vida, debe darle algo con qué trabajar. ¿Puede decirle eso al Señor?

Hubo una breve pausa. Luego Maya replicó:

—No creo que esté lista para eso ahora mismo.

Mi corazón se estremeció de aflicción por ella. Yo sabía que ella volvería a caer una y otra vez, hasta que se sometiera totalmente a la voluntad de su Padre celestial.

¿Está usted listo para someterse a su Padre celestial? Si nunca ha llegado al momento de completo abandono a su buena voluntad para usted, nunca habrá un tiempo mejor que ahora.

Padre,
 Someterse a ti parece arriesgado, porque serás tú, no yo,
 quien dirija mi futuro desde ahora en adelante.
 Enséñame a confiar en tu bondad y tu fidelidad.
 Toma todo lo que soy, y tengo,
 para que tú y tu reino sean glorificados en mí.
 En el nombre de Jesús, amén.

Referencias

1. Amy Carmichael, *Of our Father's Will* [La voluntad de nuestro Padre] (Londres: SPK, 1983), p. 53.
2. Oswald Chambers (1993, c1995), *My Utmost for His Highest: Selections for the Year* [Lo mejor de mí por lo más elevado de él: Selecciones para el año] (Uhrichsville, Ohio: Barbour and Company, Inc., 1963), 15 de enero
3. Charles Swindoll, *David*, p. 70.
4. Elizabeth Elliot, *Passion and Purity* [Pasión y pureza] (Grand Rapids, Michigan: Fleming H. Revell, 1984), p. 162-165.
5. Chambers, *loc. cit.*
6. Elizabeth Elliot, *Quest for Love* [En busca del amor] (Grand Rapids, Michigan: Fleming H. Revell, 196), p. 182).
7. Adolph Monod, *Farewell* [Despedida], citado por Amy Carmichael, en *Learning of God* [Aprendiendo de Dios] (Londres: SPCK, 1983), p. 52).
8. Chambers, *loc. cit.*, 2 de febrero.
9. Elizabeth Elliot, *Passion and Purity* [Pasión y pureza] (Grand Rapids, Michigan: Fleming H. Revell, 1984), p. 150.